

## 50 AÑOS DE HISTORIA MEXICANA

Wigberto JIMENEZ MORENO

EL DESGARBADO bosquejo que aquí presento, adolece, sin duda, de muchos defectos. No ahonda, como sería deseable, en ninguno de los temas, y se omiten, de seguro, autores y obras de significación indudable. Concebido originalmente como contestación a una encuesta, ha sido luego adaptado a los fines de este Congreso;\* acaso pudiera servir para suscitar una discusión fructífera sobre la historiografía mexicana en el siglo xx.

Considero que la historia en México tiene la grave responsabilidad de ayudar a entender mejor lo que es esencial nuestro, y como en tal tarea la auxilian mucho las disciplinas antropológicas, y ocurre, además, que mi propio campo de investigación abarca la historia y la antropología, habré de referirme a algunas importantes contribuciones sobre esta última, por temor de que acaso fuesen omitidas. Y ahora, una advertencia en el sentido de que no tengo una visión igualmente precisa de todo el medio siglo (1901-1950) cuyo balance hacemos, sino que puedo justipreciar mejor lo alcanzado en las dos últimas décadas, que lo logrado en las tres primeras.

La mitad del siglo podría dividirse en estos tres períodos: el primero comienza con el siglo; el segundo empieza por 1917, o, a lo más, en 1921; y principia el tercero en 1933, para terminar, quizá, en el presente año.

Iniciábase el siglo cuando aparece (1900-1901), si bien con otro título, la *Evolución política del pueblo mexicano* de Justo Sierra, síntesis brillante, con valiosos atisbos. Bulnes publica, en las primeras dos décadas, sus estudios críticos, terriblemente demoledores, que dan lugar a acaloradas polémicas, como la encendida en torno de *El verdadero Juárez* (1904). La respuesta oficial es la de Justo Sierra —auxiliado entonces por Carlos Pereyra— en el apologetico *Juárez: su*

\* El Congreso Científico Mexicano celebrado en México, D. F., durante el mes de septiembre de 1951.

*obra y su tiempo* (1905). Entre tanto, produce González Obregón —después de *El México viejo*, que precede a este siglo— una serie de obras sobre la colonia, que atraen al estudio de esa etapa. Genaro García publica en 1918 su *Don Juan de Palafox*, el impetuoso obispo cuyo recuerdo se liga a la imponente catedral poblana, y cuya acción secularizadora marca un cambio en la historia eclesiástica de nuestra patria. Empero, más aún que con sus propias investigaciones, contribuye, con la compilación y edición de dos series de documentos históricos, a enjuiciar, con amplitud de datos, la época colonial y el siglo XIX. Otro investigador que se mueve como en dominio propio en la Colonia y el México prehispánico, acumula entonces sus valiosas colecciones de documentos sobre la Nueva España, lo mismo los *Papeles* que el *Epistolario*. Este es Francisco del Paso y Troncoso, el editor por excelencia de la obra sahumantina, y autor de una interpretación magistral del *Códice borbónico*, que marca un rumbo nuevo en la arqueología mexicana; es el único equiparable a Selser, de entre todos los arqueólogos mexicanos de su época. En un campo análogo se mueve Nicolás León —con fecundidad que hoy imita Dávila Garibi— y, adentrándose en otro que abriera Icazbalceta, nos deja una *Bibliografía* sobre el siglo XVIII. Investiga la historia de la filosofía en México Emeterio Valverde y Téllez, y en la de la literatura avanzan Rangel, Urbina y Henríquez Ureña, dejando, como ejemplo, la *Antología del Centenario*. Una obra importante de Molina Enríquez, encara, por fin, *Los grandes problemas nacionales*, cuando se gesta el movimiento que intentará resolverlos. Tal es el panorama del primer período.

Un nuevo espíritu nacionalista aparece ya en la Constitución del 17, en la acción educativa de Vasconcelos, iniciada en 1921, y en la pintura mural de Diego Rivera. Uno de sus notorios rasgos es la revaloración del pasado indígena, y entre sus campeones cuéntase Manuel Gamio, quien, con sus colaboradores —Marquina, Noguera, Reygadas, y otros— da cima en 1922 a *La población del valle de Teotihuacán*, magna empresa colectiva y diploma de graduación de la arqueología mexicana. Años más tarde, en 1928, produce Mendizábal su *Influencia de la sal*, en que se demarca la frontera prehispánica entre sedentarios y nómadas. Es en este último año, y

en el precedente, cuando el norteamericano Vaillant —de muy grata memoria— inicia en México sus exploraciones sobre la cultura arcaica, de tan decisiva influencia metodológica en el entonces pequeño puñado de arqueólogos mexicanos.

Paralelamente a la revaloración de la herencia indígena, se opera una reivindicación del legado hispánico, a través, entre otras, de las obras de Pereyra, autor de una *Historia de la América española* (1920-26). La acción civilizadora del clero durante la Colonia es expuesta por Mariano Cuevas en su magna *Historia de la iglesia en México* (1921-28), tema que estudiará también Ricard, aun cuando de una manera más ponderada. El Norte de México, que yacía olvidado, despierta interés mediante la serie de obras de Vito Alessio Robles, brillantemente iniciada en 1931 con su *Francisco de Urdiñola*, que sigue las huellas de lo que hiciera Mecham acerca de Ibarra y de la Nueva Vizcaya. Y al otro lado del Bravo, Bolton exhuma, incansable, la historia de tierras que fueron nuestras. La pérdida de ellas nos trae el recuerdo de una de las mejores obras de Alberto María Carreño: *México y los Estados Unidos de América*, publicada en 1922.

También como expresión del nuevo espíritu nacionalista, aparecen en 1928 los dos manuales de historia de la literatura mexicana: el de González Peña y el de Jiménez Rueda, en que se nos presenta un panorama crítico, completo y sistemático, del desarrollo en México de las bellas letras. Monografías del Dr. Atl, Romero de Terreros y Manuel Toussaint, exploran la selva virgen de nuestra historia del arte. Tales son, a mi juicio, las aportaciones mayores de esta segunda etapa.

Un nuevo clima, propicio a la vez para la antropología y la historia, se forma al iniciarse, en 1933, nuestro tercer período. Asume Alfonso Caso la dirección del Museo, y ello trae consigo trascendentales mejoras. Empieza también, en ese mismo año, la larga y fructuosa serie de los Congresos de Historia, estableciéndose contactos entre los estudiosos y organizándose las investigaciones, en especial aquellas de historia regional. Créanse, así mismo, nuevas sociedades y se fundan entonces numerosas revistas; se sistematiza la enseñanza de la antropología y la historia y se forja una legión brillante de antropólogos y de historiadores.<sup>1</sup>

Se destaca en la antropología la labor fecunda de cinco Mesas Redondas (1941-51), en que se estudian integralmente los problemas capitales de esa disciplina en México. Uno de los resultados, en que interviene, con otros, el autor de estas líneas, es la identificación de la verdadera Tula y de la cultura tolteca, confundida antaño con la teotihuacana. De esas reuniones proviene mi *Enigma de los olmecas*. Paralelamente, un investigador alemán que radicaba en México, Paul Kirchhoff publica en 1943 su trascendental artículo sobre *Mesoamérica*, Pablo Martínez del Río produce su ya clásica obra sobre *Los orígenes americanos*, y abre Caso un campo nuevo a la historia precolonial con su importantísimo *Mapa de Teotzacualco*. Estudiantes de la Escuela Nacional de Antropología e Historia —hoy profesores en ella— escriben obras tan excelentes como *El calpulli* de Arturo Monzón o *Los otomíes* de Pedro Carrasco.

En la etnografía moderna se destaca *Yalálag*, de Julio de la Fuente, y en el campo que labrara antaño Molina Enríquez, surge la *Sociología mexicana* de Echánove Trujillo, basada en investigaciones de nuestros mejores etnólogos, uno de los cuales es, sin duda, Alfonso Villa Rojas. En la historia antigua de Yucatán y en la filología maya, trabaja desde años Alfredo Barrera Vásquez, autor de un estudio sobre los *Chilam Balames*, y en la historia prehispánica del Centro de México, investiga Barlow el imperio mexicana, y en los períodos precedentes laboran García Granados, Dibble, Kirchhoff y el suscrito.

Mientras lo anterior ocurre en el terreno de la antropología, recibe la historia nuevos puntos de vista: allí entrega Zavala sus *Ensayos sobre la colonización española en América*, complementados luego por su *Filosofía de la conquista*, en tanto que O'Gorman lanza sus *Fundamentos de la historia de América y Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. Una preocupación nueva por descubrir la entraña del mexicano, una especie también de filosofía de su historia, se inicia en la obrita famosa de Samuel Ramos: *El perfil del hombre y de la cultura en México* (1934). Y la historia de las ideas, gracias a José Gaos, madura en las cátedras de El Colegio de México, y en él se producen magníficos estudios, muchos de los cuales son de calidad excelente. Un fenómeno análogo

se viene operando en la historia del arte, donde Toussaint forma escuela con nombres hoy famosos: Toscano, Fernández y De la Maza mientras, con la paciencia de un arquitecto de catedrales, compone armoniosamente su *Arte colonial en la Nueva España*.

También la historia económica recibe en este período un impulso muy fuerte, gracias especialmente a Chávez Orozco, y hoy historiadores jóvenes como Fernando Sandoval y Agustín Cué Cánovas empiezan a producir aportaciones valiosas. Un investigador francés, Chevalier, señorea la historia social y económica del Norte de Nueva España. La historia regional, antes tan descuidada, presenta hoy obras sólidas y bien escritas, como las de Primo Feliciano Velázquez y Vito Alessio Robles, para sólo citar a los autores más conspicuos.

Y, en fin, comenzamos a entender el siglo xix, para cuyo estudio todavía son útiles las historias nacionales de Alfonso Toro y de Banegas. La actitud polémica de las de Vasconcelos (1937) y Cuevas (1940), gana ponderación en otras como la de Bravo Ugarte (1941-44). Sobre los primeros años del siglo contamos con el tomo de Chávez Orozco (que abarca de 1808 a 1836), y sobre las postrimerías de él y los principios del xx, tenemos hoy el importante balance de *El porfiriismo* de Valadés, y pronto habrá otra obra examinando esa etapa: la de Daniel Cosío Villegas. Pero quien parece ahora estar ganando una visión integral de toda aquella centuria, como lo ha mostrado en un reciente ciclo de conferencias, es, sin disputa, Arturo Arnáiz y Freg, quien, por otra parte, ha hecho ya un inventario cabal de lo logrado en México por la historia durante los últimos cincuenta años.

Es difícil y arriesgado, para un contemporáneo, el decir quiénes de entre sus colegas antropólogos e historiadores habrán de dejar en el futuro más honda huella. Sin embargo, la consagración de tres de ellos —Caso, Toussaint y Zavala— como miembros de El Colegio Nacional, se nos presenta ya como prueba de que su obra es y será perdurable. Otro historiador, Vito Alessio Robles, ha recibido el homenaje de una de nuestras sociedades científicas; a él le debe México el novísimo interés por la historia del Norte, y sus trabajos son sólidos y duraderos. Recientemente, la tarea cumplida por Ocaranza —aunque no exclusivamente como historia-

dor— ha sido reconocida. Pero hay antropólogos como Gamio e historiadores como Primo Feliciano Velázquez, Alberto María Carreño y Manuel Romero de Terreros, que debieran ser públicamente honrados. Otros, como el historiador y antropólogo Martínez del Río, lo han sido ya en Estados Unidos, y algunos, como O'Gorman, Jiménez Rueda, Rubio Mañé y Arnáiz, han sido invitados a sustentar cursos en el extranjero. Pero ni estos indicios bastan para declarar que la huella de todos éstos será igualmente duradera, ni la falta, hasta ahora, de un reconocimiento semejante para otros, podría garantizar que su labor no dejase surcos igualmente profundos. Lo que creo es que la misión de cada uno de estos estudiosos habrá sido fecunda en la medida en que hayan sabido calar muy hondo en la entraña de México, participando a los demás de la clara visión lograda.

Si se me pregunta ahora cuáles serán las tendencias que seguirán en lo futuro los estudios antropológicos e históricos, esquivaré, tanto como pueda, el disfraz de zahorí. Mas, suponiendo que en el porvenir habrá de realizarse al menos una parte de lo que debiera hacerse, espero que se dará mayor énfasis a la historia regional, como corresponde a la visión de un México múltiple. Y la antropología y la historia no olvidarán que es México mosaico y museo (heterogeneidad de elementos componentes, grados diversos de evolución cultural). Nuevos estudios comprobarán el peculiar carácter mestizo de nuestra cultura —aceptando, a la vez, lo indígena y lo hispánico— afianzando el concepto de una patria y una herencia cultural indivisibles. Un mayor énfasis sobre el siglo XIX concebirá las pugnas de liberales y conservadores no como novelescas lucha entre héroes y villanos, sino como expresión profunda y dramática del conflicto espiritual que venimos viviendo desde que, a mediados del siglo XVIII, empezó a agrietarse el sistema proteccionista que privaba a la vez en lo económico y en lo ideológico, y empezamos a tener contactos íntimos con otras culturas: primero la francesa; después la americana. México, de nuevo, volvió a ser encrucijada, y surgió la duda acerca del camino que debería seguirse.

Creo que tal vez se ha abierto a nuestra historia una nueva etapa con la Mesa Redonda que, al final del año pa-

sado, se celebró en Guanajuato, pues, al estudiar en ella la gestación ideológica del movimiento insurgente, se ha destacado una nueva tendencia: la de hincar el análisis sobre las ideas y los sentimientos, que son, junto con las primeras necesidades, los verdaderos motores de los hechos. Esto, unido a un examen más certero de los factores económicos y sociales, desplaza el centro de gravedad de nuestros estudios, trayéndolos de la historia política hacia la historia cultural, y de la mera narración de los sucesos, a la interpretación de lo que significan.

## NOTA

<sup>1</sup> La actuación de Caso, Borbolla y Kirchhoff en la enseñanza antropológica, y la de Rangel, Ramírez Cabañas, Zavala y Miranda en la histórica, así como la acción estimulante de Genaro Estrada, cuentan mucho en el logro de estos resultados. Como impulsores de los Congresos de Historia hay que mencionar a Núñez y Domínguez, a Pompa y Pompa, a Miguel Domínguez, etc.